

Obituario

Ha fallecido el insigne químico Albert Hofmann, inventor, o más bien dicho, sintetizador primerizo del LSD. El óbito se ha producido a la edad provecta de 102 años. Uno de sus primeros conejillos de indias fue Ernst Jünger, el filósofo y escritor alemán (falsamente acusado de filo nazi, a pesar de que su esposa, Perpetua, fue la única que tuvo ovarios de espetarle a Goebbels [alias “er Güebbeh”] que no debía bailar con ella pues temía que la pisara a causa de su cojera) y el otro conejillo (fue un trío de probadores con ansias alucinatorias), el novelista Aldous Huxley. Jünger falleció a los 103 años. Huxley lo hizo con 69 (este Institutum Pataphisicum ha sabido de malas lenguas, informadoras habituales de nuestros investigadores, que la causa del fallecimiento fue el exceso de práctica del numerito que marca su edad de defunción, hábito nefando pues deja la mandíbula en pleno proceso de putrefacción, y la garganta como presumible candidata al cáncer según asegura el ínclito Michael Douglas). Concentrémonos en los dos primeros. Jünger hizo unas declaraciones con los 103 recién cumplidos, en donde aseguró que no le temía a la muerte porque son muy pocos los que se mueren con 103 años, lo que nos lleva a creer que, como Francisco Ayala (aunque este último sea demasiado serio para entrar en el monto de lo que aquí nos ocupa) en realidad no murió y ni siquiera ascendió a los cielos del gran mitin de Nühremberg. Es evidente, y esta vez no ha sido preciso reunir equipos de investigadores y científicos, que la longevidad de Hofman y Jünger ha sido gracias al LSD. Pero habida cuenta que muchos otros la han probado, catado, consumido, se han adiccionado, también es evidente que la ventaja de los dos longevos es que fueron los primeros en probarla. La culpa de que no tenga ya esos efectos es de los que vinieron después, hippies, pacifistas, alucinados, pinkfloyeros, y demás gente de mal vivir. Nuestra denuncia va contra ellos, añadiéndole el agravante de espías del ejército esloveno, el gobierno esloveno y el ministerio de agricultura eslovena (¿o era el eslovaco?, ¡qué más dará!, lo importante es tener un enemigo, sin el cual no es uno importante). Han querido buscarnos la ruina y lo han conseguido. Ahora, nos moriremos pronto, ¡qué putada! Llor y gloria a Hofmann, sobre todo porque me sumergió, siendo yo un tierno infante, en la consabida marmita de ácido lisérgico y ya no me hace falta nada.

Miguel Arnas Coronado